



PAZ Y BIEN

VI Domingo de Pascua

10-V- 2026



*"Estén siempre dispuestos (...) a dar
razón de la esperanza que ustedes
tienen"*

VI Domingo de Pascua

10-V- 2026

Textos:

Hech.: 8, 5-8. 14-17.

I Ped.: 3, 15-18.

Jn.: 14, 15-21.

"Estén siempre dispuestos (...) a dar razón de la esperanza que ustedes tienen"

Rico y consolador ha sido este itinerario Pascual, cada domingo fue un encuentro con el Señor Resucitado que nos invita a creer sin ver (Jn. 20, 19-31), a reconocerlo en la fracción del pan (Lc. 24, 13-35), a dejarnos guiar por la ternura del Buen Pastor (Jn. 10, 1-10); a no perdernos por los laberintos del error y la mentira que nos llevan a la muerte, creyendo en Él que es Camino, Verdad y Vida (Jn. 14, 1-12). Esta verdad se banaliza y deja de ser el mensaje centro de nuestra fe en Cristo. Hoy se tiende a reducir la fe cristiana y la religión en general a la esfera espiritual a la pura subjetividad; solemos escuchar: *"yo no voy a misa, pero voy al templo para rezar cuando no hay nadie, porque soy muy creyente"*.

En este VI Domingo de Pascua, el Señor desea confirmarnos en el amor: *"...el que me ama será amado por mi Padre y Yo lo amaré y me manifestaré a él"* (Jn. 14, 21).

Estamos cerca de la fiesta de Pentecostés y la liturgia nos quiere recordar que Jesús ha prometido el Espíritu de la Verdad, que morará en nosotros y nos permitirá ser testigos, sus testigos. En Pentecostés se cumple la promesa hecha por Jesús de no dejarnos huérfanos. Él rogó por nosotros para que el Padre nos dé el Paráclito, el Espíritu de la Verdad.

El Espíritu de Amor y de Verdad, se derrama en nuestros corazones y los dilata – *dilatato corde* -. Y un corazón dilatado es habitado por la serenidad, por la luz y por la paz. Estas disposiciones nos hacen ver al prójimo bajo una buena luz, nos permite estimarlo, porque la caridad es luminosa.

Solamente un corazón dilatado por el amor de Dios cumple sus mandamientos, lo ama y es amado por Él. Solamente un corazón dilatado dará razón a todos, de la esperanza cristiana.

Un corazón dilatado por la caridad (*“Dilatentur spatia caritatis”*, San Agustín), es un corazón católico, es decir un corazón de dimensiones universales, que ha vencido el egoísmo, que se abre a los demás; es un corazón magnánimo, capaz de acoger al mundo entero dentro de sí (cfr. Pablo VI, *Insegnamenti*, II, pp. 340-341).

El dar razón de nuestra esperanza, nos remite a nuestro compromiso en el anuncio del Evangelio, que debemos hacerlo en un mundo paganizado. *“Esta es la gran misión de los próximos decenios”* (Card. J. Ratzinger, *“Ser cristiano en la era neopagana”*). Creo que no siempre tenemos verdadera conciencia de lo que afirmaba Pío XII: *“Hoy se enfrenta a nosotros un mundo que en su mayor parte ha vuelto a creer en el paganismo”*; es decir, *vivimos un verdadero neo-paganismo, por eso la afirmación de S. Francisco no perdió actualidad: “El amor no es amado”*.

En 1974 un Sínodo tocó el tema de la Nueva Evangelización y cuyo fruto fue la Exhortación Apostólica *“Evangelii Nuntiandi”*, carta magna de la evangelización. El peligro de todos estos esfuerzos es que lo de la nueva evangelización quede sólo en una consigna. Para que esto no suceda, el card. Ratzinger afirmaba: *“...son los testimonios la primera condición para esta evangelización. Personas que, viviendo la fe en su vida cotidiana demuestren que la fe da vida, una vida verdaderamente humana en la comunión y en la comunidad (...) necesitamos núcleos de cristianos que realicen esta verificación de la fe en la vida y ofrezcan a todos una experiencia cuyas raíces sean dignas de conocer”* (id.). Sólo así daremos razón de nuestra esperanza.

Hermanos, *“la Iglesia no es un ‘gheto’, no es una sociedad cerrada, no es un ente que cuida sólo de sí mismo, que se aísla absolutamente del ambiente humano en el que se encuentra, (...) que se contenta con relaciones ocasionales e inevitables con el mundo. La Iglesia está en el mundo, no es del mundo, pero sí para el mundo”* (*Insegnamenti*, V, pp. 831-832).

Debemos alimentar, en la oración y en la comunión con Cristo, la certeza que la religión católica es para la humanidad; y en cierto sentido, ella es la vida de la humanidad. Ella es *“experta en humanidad”* y tiene un mensaje específico y un específico servicio hacia el mundo (cfr. Pablo VI).

Es compromiso de todos alimentar la certeza de promover una causa que viene de Dios; nosotros somos los discípulos, los apóstoles, los misioneros de Jesús; somos lo continuadores de su misión, los heraldos de su mensaje.

En esta época en que la que el modo de relacionarnos está marcado por las rispideces, intolerancias, descalificaciones, san Pedro, en la segunda

lectura, nos da las pautas para dar razón de nuestra esperanza: “...háganlo con suavidad y respeto, y con tranquilidad de conciencia”; de esta manera la claridad, la benignidad, la confianza y la prudencia pedagógica son los distintivos del misionero del Evangelio; de esta manera nuestro ser católico se expresa en nuestro hacer evangelizador. Somos discípulos del Señor, debemos ser evangelizadores como Él lo fue, con “su estilo”, superando todo respeto humano, complejo de inferioridad o culpa.

Todos sabemos que los tiempos no son fáciles para anunciar el Evangelio, el clima cultural y el contexto neo-pagano en el que nos encontramos, exige de la Iglesia, especialmente de las Iglesias locales (Diócesis) un renovado impulso, un nuevo acto de confianza en el Espíritu que las guía, para que todos volvamos a asumir con alegría y fervor la misión fundamental para la cual Jesús envía a sus discípulos: el anuncio del Evangelio (cfr. Mc. 16, 15). Es necesario que cada católico se sienta interpelado por este mandato de Jesús y se deje guiar por el Espíritu al responder a la llamada, según la propia vocación. En un momento en el cual la opción de la fe y el seguimiento de Cristo resulta menos fácil y poco comprensible, e incluso combatido, aumenta la tarea de la comunidad y de los cristianos individualmente de ser testigos y heraldos del Evangelio.

San Pedro nos invita a “*dar respuesta a todo el que nos pida dar razón de nuestra esperanza*”, dar razón de nuestra fe, estos son los caminos que el Espíritu indica a nuestras comunidades: para renovarnos, para hacer presente la esperanza y la salvación, que nos da Jesucristo. Se trata, como católicos, de aprender un nuevo estilo, de responder con caridad y respeto, con aquella fuerza humilde que proviene de la unión con Cristo en el Espíritu: “...ustedes están en mí y Yo en ustedes” (Jn. 14).

Como discípulos-misioneros, debemos comprender que el manantial, la cima y la fuerza del anuncio del Evangelio no reside ni en una doctrina, ni en una ideología sino en una persona, Jesús, en su obra, en su muerte y en su resurrección, **¡Cristo es nuestra esperanza!**, de esta esperanza debemos dar razón a los hombres.

Pidamos al buen Dios que Su Espíritu de amor y verdad dilate los corazones de los católicos, encendiendo en nosotros ese ardor apostólico que nos impulsa a la tan ansiada Nueva Evangelización.

Amén.

G. in D.